

**Patricia Suárez**  
**El árbol de limón**

IX PREMIO IBEROAMERICANO DE RELATOS «CORTES DE CÁDIZ»

C colección  
CALEMBÉ



algaida



Un jurado presidido por Antonio Castillo Rama y compuesto por Nieves Vázquez Recio, Luis Manuel García Méndez, Juan José Téllez, José Manuel García Gil, Miguel Ángel Matellanes y Carmen Montes concedió a la obra *El árbol de limón*, de Patricia Suárez, el IX Premio Iberoamericano de Relatos «Cortes de Cádiz», patrocinado por la Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Cádiz.

La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz y se publica en coedición con Algaida Editores.

Director de la colección: José Manuel García Gil

© Patricia Suárez, 2013

© Algaida Editores, 2013

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-884-7

Depósito legal: Se-338-2013

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

no quiero pasármela sentado en un árbol de limón

*Fools Garden*



# LA MADRE DEL MONSTRUO

You woke up this morning  
Got yourself a gun,  
Mama always said you'd be  
The Chosen One.

She said: «You're one in a million  
You've got to burn to shine,  
But you were born under a bad sign,  
With a blue moon in your eyes».



**P**ENSÓ EN COCINARLE ALCAUCILES, PERO SE ARREPINTIÓ. Le hizo la pasta y los porotos. No podía decirle que había cambiado la idea, ¿cómo se dice?: que había cambiado el menú. Vittorio, el hijo mayor, el elegido, que acá se hace llamar Víctor, por unos fideos no visita a la madre. ¡Haber cruzado la América para que el hijo, la carne de tu carne, se cambie el nombre y se haga llamar Víctor! «¿Qué es eso?», le preguntó ella, «es propio de un marica llamarse así». ¿Quién se lo dice a Vittorio con claras palabras? Nadie, ninguno de la familia se atreve, porque el Vittorio es un bruto, un bestia, con un carácter del diablo, además es el *padrone*; de toda la familia nomás se le anima y lo avisa la rústica de la madre, la estúpida: «Vittorio, usa tu nombre el que te puso el cura en la pila de bautismo, lo otro es feo, es de mariquita: no debe usarlo un hombre de respeto». El hijo contestó que usa el nuevo, el moderno, para despistar a la policía. ¡No es *vero*, no es *vero*! Es para hacerse el americano, sentirse el americano: esa fiebre que tienen todos ellos por ser

lo que no son. Dos palabras que le dice al respecto y entonces la *mamma* se convierte en la enemiga del hijo grande; la *mamma* es mirada por él peor que la loba sanguinaria. Vittorio le grita que ella no lo quiso nunca y que se meta en sus asuntos; ¡pero si la *mamma* no tiene otros asuntos que sus hijos! Los cinco hijos y el hijo muerto. Él se quedó con que la *mamma* lo odia y ella con que él la odia a ella, el celoso, el malvado de las entrañas. ¡Pero sí!: que venga ahora Vittorio y se coma la pasta y los porotos. ¡Para lo que ella tiene que decirle, que muy bien se coma todo el plato, lo sope con pancito y se atragante! El cucú sueña dos veces, un pajarito flaco, raquítrico, desplumado, que le trajo la Angioletta, la hija, cuando viajó a Friburgo; Friburgo, en la Selva Negra, la Alemania. Fue y trajo el reloj cucú hace como veinte años, quién sabe qué necesidad imperiosa tenía la Angioletta de viajar a la Alemania, qué le picaba tanto en la Alemania, y trajo el reloj con pajarito de recuerdo. La única compañía fiel de la pobre vieja *mamma*, porque al perro se lo mataron los de Giaccone. Le mataron el *Ercole*, el perro, le mataron el yerno, le mataron el hijo chico cuyo nombre es mejor no repetir, y le matarán en breve al mayor o a los nietos: el olor que viene del fondo, del naranjo y el rosál, la peste, le anuncia con nombre y apellido cuál será el próximo. Enrico Giaccone siempre deseó lo que tuvieron ellos; siempre le codició los bienes al Vittorio y el Vittorio, el porfiado, el estúpido,

nunca le manda regalos, tributos, presentes corteses, no le hace favores, no pacta. El cucú estira el cogotito, ¡trina! Y el hijo sin dar señales. Si el hijo no viene, ella se come una salchicha. Le gustan mucho las salchichas desde que la judía de al lado le dijo que ellos no comen salchichas: lo que no es bueno para los judíos, es bueno para ella: ¿qué de calamitoso puede contener una salchicha?; pero el hijo tiene que venir y la *mamma* no abre el paquetón con las seis salchichas que compró anteayer, justo antes de encontrarse con la sorpresa que le dejaron en la bordalesa, debajo del naranjo. En la heladera tiene comida vieja, incomestible: la lasaña que se le pasó y ya está verde, con moho, y la *pizza* seca, escuálida y doblada sobre sí misma como una penitente, pero ella no se atreve a tirar la comida vieja. No puede, es más fuerte que ella. El Vittorio le dice que es una mujer sucia, porque hay que tirar los restos, lo que no se come. El Vittorio cuando la casa huele a las cebollas, al ajo frito, a la coliflor, hace mueca, pone cara de disgusto. ¡Hay que festejar cuando una casa huele a comida! Ellos no entienden; ninguno de los cinco entiende y el hijo muerto tampoco entendía. Igual, la comida vieja la *mamma* no puede comerla sin caerse muerta de una intoxicación; Dios sabe el miedo que le quedó a la hambruna de cuando lo pasaban mal en Agrigento, todos enfermos de raquitismo. Los hijos de ahora, los americanos, no saben lo que es el hambre; se preocupan por hacer dieta, por bajar de peso; la

Carmela, la hija mayor está gorda como una vaca holandesa, y se queja. Lloro como una plañidera en un funeral, que no le entra la ropa, plañe. Está loca, opina la *mamma*. Gorda aquí, gorda allá y llora. ¡Habría que estar felices, dar gracias a la *Madonna* que hay pan, que hay hasta golosina! La desventurada no entiende, le echa la culpa a la Coca-Cola, que la Coca-Cola le engorda, por el asunto de la burbuja, que son los nervios que tiene y ella junta burbuja en la chicha. Eso es incomprendible; desde que el yerno pasó a mejor vida, la Carmela dice todo el tiempo cosas absurdas; está alunada o es que la *mamma* la hizo con el papá en la hora mala. La *mamma* cuenta las rayas que pisa la aguja larga del reloj. Mira arriba, mira abajo. Lee el cartel que puso cuando el hijo mayor, el estúpido, cumplió doce: «En esta casa no se dirá la palabra pene, ni vagina, ni se pronunciará heces ni otra que hable de defecar». Educación, se llama eso. Tenía la boca sucia como una letrina: a cada mala palabra, sopapo en la boca. Lo curó enseguida. Dieciocho rayitas de la hora que dijo que vendría; pero no viene. Podía ser que el hijo estuviera muerto o preso. No, no está muerto, no está preso. Es demasiado importante para que un vigilante del tres al cuarto lo pare y lo meta en la cárcel por cualquier nadería. Nada más verlo al Vittorio cualquiera sabe que es un hombre honorable; nadie se atreve a faltarle al respeto. Vittorio tarda porque es el placer de hacerle un dis-

gusto a la *mamma*; seguro está aquí o allá, perdiendo el tiempo. Con las mujeres esas en tetas, por ejemplo, que se menean en el club de Renzo. Con los drogadictos que se quejan del precio de la droga. Dios no quiere llevarle el hijo grande; porque primero tiene para ella la misión de reventarla a picotazos de cuervos. La *mamma* no tiene la paciencia infinita de la *Madonna*; la *mamma* no espera y sirve la pasta en los platos, en el del hijo, el estúpido, el ingrato, y en el del otro, el hijo querido, el muerto. El hijo chico todos los días tendrá su plato en la mesa de la *mamma*, para que la *Madonna* en el cielo se apiade de ella, y le mate a los que se lo mataron. Dios se lleva a los mejores: es una realidad incuestionable. Acá quedan los malvados, los soplonos y los que sufren.

Y encima cuando llega, el tonto del hijo se queja. Hay olor de caca de gato, le reprocha. ¿Por qué la *mamma* no le acepta a la muchacha que le mandó para que limpie la casa? La echó a las patadas el primer día porque husmeaba, le dijo ella. Pero la muchacha no husmeaba, es decente y hace cuatro años que limpia la casa de Vittorio, y la Rosetta está conforme con ella. «No quiero muchachas», espeta la *mamma*, «yo puedo fregar muy bien mi casa y arreglármelas sola; no estoy tan achacada ni soy tullida para no poder». Después se queja de otra cosa; porque si el Vittorio no se queja, parece que no existe. «¿Pasta y *fagioli* cocinaste?», le

pregunta. «¿Para qué cuidas tanto la plata, *mamma*? ¿Acaso no te alcanza con lo que te paso? Hubieras cocinado algo sabroso ya que me llamaste para comer». La acusa luego de vieja hucha, de tacaña. La *mamma*, afila la lengua: «Ustedes terminarán todos llamando la atención de la policía derrochando las liras como lo hacen, con los coches deportivos que usan, con las prostitutas que frecuentan, ¿te crees que no lo sé? La fragancia que tienes puesta, Vittorio, no es de hombre honorable, es de gigoló. Los hombres no tienen que usar perfume». Vittorio se atraca de pasta y desprecia los *fagioli* a un costado del plato. De golpe, los pincha con el tenedor para hacerles daño y los cuenta: Un *fagiolo*, dos *fagiolo*, tres *fagiolo*. «¿Por qué me mandaste a llamar?», larga al final, impaciente. «¿Estás necesitada de alguna cosa?» La *mamma* está que revienta; le revientan las venas del cuello, le revientan las tripas. «¿No te puedo llamar para conversar? ¿No soy tu madre y puedo querer verte?» «Hubieras venido a mi casa. Rosetta te echa de menos». Ah, ahora le mentan a la nuera que la detesta desde el primer día que la vio. La nuera a ella, la detesta, a la *mamma*. Más que a la peste. Es esta nueva generación de italianos: ella, a su propia suegra le decía *mamma*. Y la amaba, a su manera, claro. La Rosetta, a escondidas, la debe llamar víbora; le debe hacer daños, brujerías. «¿Está buena de salud Rosetta?», murmura la *mamma* por educación. Aprendió a hacer estas cosas

para que no la acusen de bárbara rústica, pregunta por gente que no puede tragar. «Sí. Te manda saludos». «Se agradece», dice la *mamma*, la voz seca. «Le puedes llevar de mi parte un frasco de dulce. Le gusta el dulce a Rosetta». Tendrá que mandarle dulce a la Rosetta, como un tributo, el óbolo. ¿Qué importa perder un poco con tal de no perderlo al estúpido de Vittorio? Después de todo, la *mamma* nació en la Italia, donde se le daba huevos al cura, para que te salve el alma; una botella de grappa al secretario del Ayuntamiento, para que ponga la firma en el pasaporte o en la escritura de la tierra, y se le limpiaba la casa y se le besaba la mano al *padrone*. «¿Qué dulce hiciste, *mamma*?» «Eh, uno que hice: muy rico». «¿Hiciste de naranja? No le gusta el dulce de naranja a Rosetta». «¿Cómo que no? Si antes le gustaba». «Pero ahora ya no le gusta». «¿Le cambió el gusto de golpe a tu mujer?» «Ya no le gusta y punto». Ah, qué ingratos son todos. Si Dios quiere ella vivirá mucho tiempo y los verá caer uno por uno, por su ingratitud. ¿Cómo decía la Bruja? «El destino de todos está dos metros bajo tierra», así decía ella, la Caterina Favata que mató con veneno a no sé cuántos. No, no, ¡pero no!: la *mamma* no vivirá mucho tiempo; ella se morirá mañana mismo de la tristeza y de la locura por haber parido seis cuervos, seis chacales, los cinco vivos y hasta el muerto. Así, así, piensa y masculla la *mamma* y el Vittorio aprovecha el momento en que ella se descuida y prende el televisor. Entonces la

*mamma* ya no existe, la *mamma* es menos que una bamba hecha pedazos en el *closet* de las escobas. «Vittorio», dice, «¿viste el naranjo en el fondo?» Vittorio está en lo suyo; hay un terremoto en un lugar de Chile. Mira con una atención que parece de pronto que Vittorio nació en Chile y todo su amor es para el pueblo chileno. «Vittorio», repite, «¿por qué no vas a ver el naranjo en el fondo? La bordalesa adonde caen las naranjas tiene un agujero. Atrae las ratas». Pero Vittorio tiene otros problemas además de la *mamma* que escorcha la paciencia; Vittorio tiene que dar un banquete y tiene que darle un beso a la oveja descarriada. Es uno, Bonini, el que anduvo chismorreando por ahí, hablando mal de los negocios de la familia y del arte de Vittorio para llevar adelante los negocios. Haciendo alharaca de que hay otros que llevarían mejor los negocios, la familia. Giaccone, claro, el muy bastardo se refiere a Giaccone. Después ya se sabe el final de los traidores como ese. Un *piciotto* hará el trabajo o tal vez lo hará Passerotto, el primo; lo llaman Passerotto, porque es como un pajarito delicado, y ya está ducho en el asunto de acabar con la lacra: lo sacarán al charlatán por atrás de las cortinas como siempre y alguno le meterá el pescado en la boca, al que no supo tener la *bocca chiusa* y anda pregonando que deben cambiar al jefe. Passerotto le avisó; Passerotto es un *condottiere* excelente. La *mamma* ruega: «Vittorio, por última vez te lo pido. Mírame el naranjo. Me pusieron un regalo

debajo del naranjo. Tus amigos, Vittorio, me dejaron un regalo». Vittorio se levanta, se quita la servilleta del pescuezo y se ajusta el cinturón. A este hijo le va bueno, está echando una gran barriga, se ha hecho un *ciccione*. Al padre, en paz descanse, nunca le fue tan bueno. No tenía ni una pizca de ambición; tan quedado era que no parecía casi un hombre. Nada le explicó nunca al hijo sobre el bien y el mal, eso tuvo que hacerlo la *mamma*: los niños tienen que entender cómo es este mundo, cómo funciona la familia dentro del mundo y para eso ella tuvo que hacer de padre y de madre y hacérselos entrar a cachetazos en la cabeza. Este, el Vittorio, le salió estúpido para las cosas de la *mamma*, pero para las de la familia no es estúpido. Lo enseñó, lo adiestró como había adiestrado al *Ercole*, pero a lo mejor a Vittorio por agradarla y porque es un estúpido, se le fue la mano con los castigos y ahora lo llaman el Carnicero, el *Macellaio*. Capaz que los que son como él, los que llegan a *padrone*, no tienen que tener *mamma*. Harían así: cuando la muchacha se preña, le sacan el *bambino* recién nacido y lo meten en la incubadora eléctrica, igual que a los pollos. Qué gran invento es la incubadora; cien a ciento veinte huevos en nacedora e incuban huevos de gallina, de avestruz, de ñandú, huevos de casi cualquier bicho con plumas. Un huevo grandote como una pelota es el huevo de avestruz. ¿Qué haría alguien con los huevos de avestruz? ¿Puede alimentarse con eso toda la

Italia? ¿Con cien incubadoras eléctricas con cien huevos cada una, cien huevos de avestruz? Vittorio ya está en la puerta, se marcha. «¡Castigo de Dios!», le grita la *mamma*, «Vittorio, ¡no te vayas todavía!» Vittorio ya no oye; tiene la cabeza en las apuestas que debe cobrar. Las apuestas de la pelea de box del sábado que pasó, qué deporte tan violento el box: el que pierde, pierde porque se rompe la testa. Habría que prohibir el box, opina la *mamma* pero se cuida de decirlo, porque el Vittorio es capaz de meterle un soplamocos, de levantarle la mano a la propia *mamma*. Como lo hizo cuando dijo que no estaba bien tener un club con prostitutas que se menean desnudas, que eso era para degenerados solamente, un hombre honorable, de respeto, no puede disfrutar de esas visiones. Y él le pegó, con la mano del revés y le saltó el labio con el anillo de sello; a la propia *mamma*. Le pegó. «Se me hace tarde», escupe Vittorio, qué mal hijo está hecho. Ojalá ella hubiera tenido un mal de matriz y no le hubiera salido ninguno de la panza; y que los criara el diablo, allá adonde se quedan los hijos que no nacen. «Vittorio», dice inaudible, «tu primo Tomasso, el que ustedes llaman el Passerotto, está pudriéndose en la bordalesa, allá en el naranjo. Esta peste no es la caca de los gatos. ¿Qué gatos hacen caca de esta manera?», pregunta sulfurada la *mamma*, contradiciendo el papel que colgó hace treinta y pico de años sobre las palabras que se pueden pronunciar y las palabras que no se

pueden pronunciar en el comedor de la casa. Vittorio suspira, agotado: «Pero *mamma*...» De pronto, comprende: no habrá banquete donde enseñarle a Bonini que no debe contar los secretos de la familia. Alguien se les adelantó y el hijo estúpido empalidece, le viene una náusea, la pasta le sube amarga por el esófago. «Vittorio, sácame al muchacho de la casa», susurra. «¿Quién vino, *mamma*? ¿Quién fue?» La *mamma* se encoge de hombros: los de Giaccone deben ser, los mismos que le mataron el perro y al marido de la Carmela, ¿quién los odia tanto como Giosué Giaccone? Giaccone hablaba primero de unión, de hacer de las dos familias una sola, una sola sangre; pero Vittorio se opuso: la primera vez que hizo algo bueno aunque le viene a salir justo al revés, porque hace tiempo que de los suyos nadie lo quiere, ¿por qué?, porque es un tarambana, un estúpido, un *macellaio*, un atolondrado que todo lo quiere ya, lo mismo que el *bambino* de teta cuando tiene hambre. «¿Quién vino, *mamma*? ¿A quién viste?»; hace día y medio, ella salió a hacer la compra y cuando volvió encontró la sangre y al muchachote; le dio una gran impresión y estuvo a punto de llamarla a Hilda, la enfermera, para que le tome la presión; pero ver, lo que se dice ver, no vio a nadie. A lo mejor por culpa de la presión en el ojo, en el globo ocular, que ella no vio a ninguno. No anda bien de la presión y a su edad la hipertensión puede ser un problema muy grave, sentenció la *mamma*. ¿O no se acuerda

Vittorio de cómo murió doña Concetta el invierno anterior? Espatarrada en la cocina en pleno ataque de presión, con un paquete de espaguetis en la mano que no alcanzó a volcar en la olla. Y pensar que doña Concetta se jactaba de amasar su propia pasta y resultó un paquete de fideos duros del supermercado. ¡Qué chasco! «*Mamma*», vuelve a preguntar Vittorio, apoyado contra la pared, tanteando la culata del revólver, hoy justo salió con el arma, «¿los viste? ¿te dijeron algo?» La *mamma* hace que no con la cabeza; bastante elocuente es tenerlo al Passerotto —que por otro lado siempre fue un malcriado, un bobo— adentro de una bordalesa, en el jardín ¿qué espera este estúpido de Vittorio que le dejen, un telegrama colacionado? Es un aviso para el Vittorio o es la sentencia; la *mamma* piensa más bien que la sentencia, después del Passerotto viene el Vittorio. Ah, este hijo, nunca entiende nada. Están por matarlo y él apurado por irse a cobrar las apuestas del box, distraído siempre con otra cosa. Para la *mamma* no hay tiempo nunca; escuchar los consejos de la *mamma*, no, ¿para qué?: mejor oír el cascabeleo de la serpiente. «¿Qué hago con tu primo?», le pregunta, qué fastidio. «*Mamma*, quieren matarme; quieren sacarme de encima». La *mamma* enarca las cejas; siempre uno contra otro, ¡uno contra otro!: eso es la familia. Uno contra otro hasta eliminarse. «Ven, Vittorio, siéntate. La *mamma* te quiere, Vittorio. La familia es para siempre. Siéntate», le ordena. Él vuel-

ve a la mesa, se acomoda de mala gana. La *mamma* abre el frasco de dulce de naranja, le pone la servilleta al cuello y se sienta frente a él, al estúpido este del hijo mayor al que acabarán asesinando de un momento al otro, porque esta es la ley del más fuerte y el pez grande se come al chico. Hunde la cucharita del café en el dulce y le dice: «Vittorio, abre la boquita. Sé un buen chico, cómete el dulce que te prepara la *mamma*. Date un gusto, que los gustos se dan en vida. Estás acabado, Vittorio, y cuando se está acabado, se acabó. Este lo hice con las naranjas del árbol y le puse las pasas como tanto te gustaba cuando eras pequeño». Vittorio abre la boca y la *mamma* lo alimenta, que para eso le dio el ser y lo sufrió nueve meses en la panza; Vittorio traga una, dos, tres cucharadas del dulce y a medida que lo hace, siente ya la lengua hecha un estropajo, el corazón saltando como un caballo loco y por sus mejillas corren las vencidas y amargas lágrimas, tantas, que no alcanza a ver la sombra del asesino que salta el muro y se planta delante de él, apuntándole con el arma.